

peya de esta manera: «Daremos al lector, dice, una idea general de la forma en que estaban distribuidas las casas de Pompeya, y verá que su construcción era según los planos de Vitrubio; pero con toda esa variedad de pormenores, caprichos y gustos, naturales al hombre y que siempre han dado que hacer á los anticuarios. Se entra comunmente por un sitio llamado *vestibulum* (atrio) en una sala adornada á veces de columnas, pero la mayor parte no las tiene. En tres de los lados hay puertas que dan á las diversas alcobas, entre las que está la del portero, y de las cuales las mejores por lo regular, se destinan á los huéspedes extraños. Al extremo de la sala y á los lados derecho é izquierdo, si la casa es grande, hay dos cuartitos, ó mas bien dos nichos para las señoras de la casa; y en medio del embaldosado se ve siempre un estanque cuadrangular y poco profundo, para recibir el agua llivida que cae allí por una abertura hecha en el techo, abertura que se cierra cuando se quiere, por medio de una cubierta de madera. Esto es lo que se llama el *impluvium*, sagrado particularmente á los ojos de los antiguos. Allí se colocaban, muchas veces en Roma y pocas en Pompeya, las imágenes de los dioses lares. Ese hogar hospitalario de que tanto hablan los poetas romanos, y que estaba especialmente consagrado á estos dioses, consistía en un brasero móvil.

En el rincón mas distante habia una gran arca de madera, adornada y guarnecida con aros de bronce ó hierro, y fija por medio de clavos sobre un pedestal de piedra, con bastante firmeza para resistir todos los esfuerzos que hiciera un ladrón al robarla. Esta arca se tenia por el depósito del tesoro del amo de la casa: no obstante, como no se ha visto dinero en ninguna de las encontradas en Pompeya, se supone que servian mas bien para adorno que para otra cosa.

En aquella sala ó *atrium*, hablando el lenguaje clásico, era donde se recibía á los clientes y personas de baja esfera. En las casas de los vecinos mas distinguidos, habia un esclavo llamado *atriensis*, destinado en particular al servicio de dicha sala; su categoría era alta é importante entre sus compañeros. El estanque del centro debe de haber sido un adorno algo peligroso; pero como sucede con los prados de césped de los colegios universitarios de Inglaterra, estaba prohibido á los transeúntes pasar por enmedio de la sala, puesto que tenian suficiente espacio para hacerlo por los lados. Frente de la entrada y al otro extremo, habia un aposento (*tablinum*) cuyo piso solia estar adornado de ricos mosaicos, y sus paredes cubiertas de soberbias pinturas. Allí se conservaban los archivos de la familia ó los del empleo público que pudiera tener el dueño de la casa. En uno de los lados de este salón, si puede dársele tal nombre, estaba regularmente el comedor (*triclinium*), y en el otro, un gabinete que contenia una multitud de objetos raros y curiosos: mas siempre habia un pasadizo escusado para los esclavos, á fin de que pudiesen acudir á las diversas partes de la casa, sin pasar por las habitaciones de que hemos hablado. Todas estas piezas daban á una columnata cuadrada y oblonga, cuyo nombre, en términos técnicos, era *perystilum*. Si la casa era pequeña, concluía en esta columnata; entonces su centro, por reducido que fuese, formaba siempre un jardín lleno de vasos de flores puestos en pedestales, y debajo de la columnata, á derecha é izquierda, varias

puertas conducian á sus respectivas alcobas y á otro *triclinium* ó comedor; porque los antiguos tenian en general dos piezas destinadas para este uso, una para verano y otra para invierno; ó bien una para todos los dias, y otra para los de convite y recibo. Por último, si el amo de la casa era amante de la literatura, se veia tambien hácia aquella parte un gabinete, honrado con el nombre de biblioteca; porque bien poco trecho se necesitaba para encerrar los escasos rollos de papyro, que entre los antiguos constituian una colección de libros considerable.

La cocina solia estar al extremo del perystilo. Si la casa era grande no concluía en este, y entonces el centro no era un jardín; en su lugar, se veía á veces una fuente y otras un estanque para conservar el pescado: en la estremidad opuesta al *tablinum* estaba el segundo comedor, y á los dos lados alcobas ó una galería de pinturas (*Pinacotheca*). Estas habitaciones daban á un parage cuadrado y oblongo, que tenia sobre tres de sus lados una columnata semejante á la del perystilo, al que se parecia mucho, solo que era mas largo. Allí estaba propiamente el *viridarium* ó jardín, en que solia haber una fuente, estatuas, y muchas y vistosas flores. Al otro extremo, el cuarto del jardinero, y en ambos lados de la columnata habia ademas cuartos, si la familia era tanta que los necesitara.

El primero y segundo piso casi nunca tenian importancia en Pompeya, como quiera que no estaban contruidos sino sobre una parte del edificio y no contenian mas que los cuartos de los esclavos. No sucedía así en las hermosas casas de Roma, donde el comedor principal (*caenaculum*), estaba por lo regular en el primer piso. Las piezas eran pequeñas, porque en aquel delicioso clima, siempre que los huéspedes eran muchos, se les recibía en el perystilo ó pórtico, en el recibimiento ó en el jardín. Las salas del banquete tambien tenian cortas dimensiones, porque los antiguos que cuidaban menos del número que de la elección de los convidados, rara vez reunían á su mesa mas de nueve personas juntas, y en las grandes casas se servía la comida en la sala de entrada. La serie de piezas que se dejaban ver al entrar, debía producir un efecto muy imponente. Se veía la sala llena de varios adornos y pinturas, el *tablinum*, el gracioso perystilo, y si se extendía mas la casa, la sala de los banquetes y el jardín, que terminaba el punto de vista con un surtidor ó con una estatua de mármol.

Lo mismo que hoy en París, continua Bulwer, los habitantes de las ciudades de Italia en aquella época, pasaban casi toda su vida en la calle. Los edificios públicos, el foro, los pórticos, hasta los templos podían mirarse como las verdaderas moradas. No es por lo tanto extraño adornasen con tanta magnificencia aquellos puntos de reunion, á que eran afectos por cariño doméstico, por vanidad pública; fuerza es convenir en que el foro de Pompeya ofrecía entonces un aspecto animado. A lo largo de su ancho suelo, compuesto de grandes baldosas de mármol, habia de ordinario varios grupos hablando á un tiempo, con aquella enérgica pantomima que adapta un gesto á cada palabra, y que caracteriza hoy mismo á los pueblos del Mediodía.

A uno de los lados de la columnata se veían los cambiantes de moneda; sentados en siete tiendas, rodeadas de mercaderes y marinos de vistosos trages.

Por otro lado, y á cierta hora del día, se veían algunos sugetos de largas togas, subir rápidamente, y con traza de muy ocupados á un hermoso edificio, donde los magistrados administraban justicia: aquellos eran los abogados, activos, charlatanes y dados á los equívocos como se les ve, en nuestros días en Westminster. En medio del recinto habia sobre pedestales diversas estatuas, siendo la mas notable la que representaba la magestuosa figura de Ciceron. En torno del patio estaba una columnata regular y simétrica, de arquitectura dórica, donde varias personas atraídas allí por sus asuntos, tomaban el bocado que constituía el desayuno italiano. Recorrian el espacio descubierta, varios mercaderes de bagatelas, ejerciendo su profesion: uno presentaba lazos á una hermosa señora del campo: otro encarecía á un lugareño la so-

del senado. Saludaron aquellos senadores con orgullosa condescendencia á los amigos ó clientes que conocían entre la muchedumbre. En medio de los estudiados trages que llevaban las personas de distincion; se veían los sencillos vestidos de los robustos aldeanos que iban á los graneros públicos.

Desde junto al templo se veía el arco de triunfo y la larga calle que le seguía llena de transeuntes. De uno de los nichos del arco saltaba una fuente y lucían sus aguas á los rayos del sol, al paso que sobre la cornisa se dibujaba sombría, sobre el puro azul de un cielo de verano, la estatua ecuestre de Caligula, bronceada. Detrás de las tiendas de los cambiantes, estaba lo que se llama hoy el Panteon y muchos pompeyanos pobres pasaban por el vestíbulo que conducía al interior, con cestas al brazo, para llegar á una pla-



Fortunata, barrio de Pompéya.

lidez de sus zapatos, un tercero, especie de fondista, al raso, como tantos otros que se ven todavía en las ciudades de Italia, llenaba mas de una boca hambrienta con manjares calientes que sacaba de su horno ambulante; mas allá por un contraste que caracterizaba bien la mezcla de confusion y de inteligencia del siglo, un maestro de escuela explicaba á sus discípulos los elementos de la lengua latina. En una galería situada sobre el pórtico, y á la que se subía por una escalerita de madera, habia tambien una multitud de personas, pero como era allí donde se trataba el principal asunto de la localidad, aquel grupo tenia el aire mas tranquilo y grave.

De cuando en cuando, se abrian respetuosamente los que estaban en la parte mas abajo para dejar paso á los senadores que iban al templo de Júpiter; situado en uno de los ángulos del foro y lugar de la reunion

taforma entre dos columnas, donde se vendían varias provisiones, restos de los objetos sacrificados á los dioses.

Delante de uno de los edificios en que se trataban los asuntos municipales estaban unos jornaleros trabajando columnas; se oía el ruido de sus instrumentos, al través de las conversaciones de la multitud. ¡Aun no se han acabado aquellas columnas!

Bien mirado, nada podía exceder la variedad de trages, de rangos, de modales, de ocupaciones de aquella muchedumbre; nada podía exceder á la confusion, alegría y continuo movimiento que reinaban alrededor. Habia allí mil indicios de una civilizacion ardiente y exaltada, en que el placer y el comercio, la ociosidad y el trabajo, la avaricia y la ambicion confundían en un solo abismo sus variadas olas, pero cuya impetuosidad no obstaba á la armonía.

Bulwer, infatigable y enérgico escritor que no ha perdonado medio alguno de investigación acerca de la desgraciada ciudad de Pompeya, ha hecho el cuadro mas aterrador y sublime de la gran catástrofe que borró á aquella del catálogo de las ciudades vivientes. Nosotros, que como habrá conocido el lector, no hemos perdonado medio alguno de hacer interesante este artículo, trasladamos á continuacion la animada pintura del célebre novelista inglés. Colocando la accion en el dia mismo de la funesta erupcion del Vesubio, dice de esta manera:

«La nube que cubrió el dia de tan espeso velo, se había cambiado poco á poco en una masa sólida é impenetrable; menos se parecia á las tinieblas de la noche que á las de un cuarto pequeño y cerrado; mas á medida que se ennegrecian, aumentaban la vivacidad y el resplandor de los relámpagos que despedía el Vesubio. No se limitaba su horrible hermosura á las tintas comunes que presenta la llama; nunca ofreció arco-iris alguno, colores mas variados y brillantes. Unas veces eran de un azul oscuro, como el mas hermoso cielo del Mediodía, otras de un verde livido, cual la piel de una serpiente, é imitaban las sinuosas roscas de un enorme reptil; otras, de un rojo naranjado, que apenas podian sufrir los ojos, pero que petrandando las columnas de humo alumbraba toda la ciudad, y debilitándose luego por grados, se volvía de una palidez mortal, no dejando ver ya mas que el fantasma de su propia existencia.

»En el intervalo de los chaparrones, se oía el ruido que agitaba las entrañas de la tierra, ó los gemidoras olas de la atormentada mar; ó bien mas bajo todavía el agudo murmullo, perceptible solo, por un vivísimo gemido, de los gases que exalaban las quiebras de la montaña. A veces parecia que se rasgaba la masa sólida de la nube, y á la luz de los relámpagos presentaba formas extravagantes de hombres ó de monstruos persiguiéndose en las tinieblas, empujándose unos á otros, y disipándose todos juntos en el turbulento abismo de la sombra; de suerte, que á los ojos de la imaginacion de los consternados transeuntes, aquellos vapores sin sustancia, parecian verdaderos gigantes enemigos, ministros de terror y de muerte.

»Ya en muchos parages llegaban las cenizas á la rodilla, y la hirviente lluvia que salía del volcan penetraba en las casas, impregnándolas de una atmósfera que ahogaba. En algunas partes, inmensos pedazos de piedra, lanzados sobre el techo de las casas, llevaban á las calles confusas masas de ruinas, que aumentaban los obstáculos de que se veían sembrados los caminos: conforme adelantaba el dia, y se notaba mas claramente el movimiento de la tierra, parecia huir el suelo debajo de los pies, y ni carro ni litera podían conservar su equilibrio, aun en la tierra mas firme.

»A veces chocando entre sí, al caer las piedras mas enormes, se rompian en mil pedazos, saltando de ellas chispas que incendiaban todos los combustibles que habia al paso. Entonces se disipó la oscuridad fuera del pueblo, las llamas se habian apoderado de muchas casas y viñedos, y se alzaban amenazadoras, en medio de las espesas tinieblas. A fin de aumentar esta claridad parcial habian puesto los ciudadanos de Pompeya de trecho en trecho hileras de antorchas en las encrucijadas, en los pórticos de los templos y en las avenidas del foro; pero no solian arder mucho tiempo. La lluvia y el viento las apagaban, y la do-

ble oscuridad que seguia á su luz, era tanto mas terrible, cuanto demostraba la impotencia de los esfuerzos del hombre y le enseñaba á desesperar.

»Muchas veces se encontraban grupos de fugitivos al pasagero resplandor de aquellas antorchas, los unos corriendo hácia la mar, y los otros volviendo del mar hácia el interior, pues el Océano habia cejado de sus riberas, profundas tinieblas cubrian su seno; sobre sus agitadas y mugrientas olas, caian las cenizas y las piedras, sin que se pudiera hallar en él el abrigo que proporcionaban las casas en tierra. Atolondrados, perdidos, espantados, se encontraban aquellos grupos, mas sin tener tiempo de hablar, de consultarse, de discurrir, porque los turbiones que caian con frecuencia, apagaban las antorchas con cuyo auxilio distinguian mutuamente sus descompuestas facciones.

»Por otra parte, era general la prisa de guarecerse en el abrigo mas inmediato. Todos los elementos de la civilizacion estaban destruidos; se hubiera podido ver al ladron pasando junto al grave depositario de la ley, cargado con riquezas robadas, y regocijándose con la idea de la imprevista ganancia que acababa de hacer. Si en la oscuridad se separaba la muger de su esposo, el padre de su hijo, inútil era que hubiesen esperado juntarse. Unos y otros corrian á ciegas y sin orden; de todo el complicado mecanismo de la existencia social, solo quedaba lo que habia tomado de la vida salvage: «la ley primitiva de la salvacion personal»

Concluiremos lo relativo á Pompeya, con las siguientes líneas, igualmente emitidas por Bulwer, las cuales, aun que extractadas de su novela ya dicha, en la que están formando uno de sus mejores cuadros, no pueden menos de interesar al lector, porque están hechas con presencia de los descubrimientos hechos en la misma Pompeya, en cuyos alrededores escribia Bulwer su obra.

«Diez y siete siglos habian pasado cuando salió de su silenciosa tumba la ciudad de Pompeya, brillante con los colores que nada habian perdido de su viveza; con sus artesonados, cuyas frescas pinturas parecian de ayer, sin borrarse una tinta de sus pavimentos de mosaico, con las columnas de su foro, inacabadas como las dejó la mano del obrero, con el trípede del sacrificio delante de los árboles de sus jardines, el cofre del tesoro en sus salas, el *strigil* (estregador) en sus baños, los billetes de entrada en sus teatros, los muebles y lámparas en sus salones, en sus *triclínios* los restos del último festin, en sus *cubiculos* los perfumes y aceites de sus malhadadas hermosuras; mas por todas partes los huesos ya esqueletos de los que en dicho tiempo hacian mover los resortes de aquella pequeña pero primorosa máquina de lujo y vida.

»En los subterráneos de la casa de Diomedes (1) se descubrieron veinte esqueletos agrupados á una puerta, entre ellos el de un niño de pecho. Estaban cubiertos de un polvo fino, de una ceniza que sin duda habia ido penetrando por las aberturas, hasta que lo llenó todo.

»Allí se encontraron joyas y monedas, candelabros para esparcir una luz inútil y vino cuajado en las ánforas; vanas precauciones para prolongar una lenta agonía. Solidificada la arena por la humedad, habia

(1) El autor aplica á varios esqueletos y casas encontradas los nombres de su novela.

tomado las formas del esqueleto como un molde, y aun puede ver el viagero impreso el busto de una muger joven y fresca: era la infeliz Julia. Parece al observador que el aire debió irse cambiando gradualmente en un vapor sulfuroso, que se precipitarian hácia la puerta los habitantes de los subterráneos, mas la hallarian bloqueada esteriormente por las escorias, y en sus esfuerzos para abrirla, debieron de quedar ahogados por la atmósfera que los rodeaba.

» En el jardin se halló un esqueleto con una llave en su descarnada mano, y á su lado un talego de dinero. Se cree que era el amo de casa, el desgraciado Diomedes, que probablemente trató de huir por el jardin, y murió con los vapores ó con alguna pedrada. Al lado de algunos vasos de plata habia otro esqueleto, probablemente de un esclavo.

» Las casas de Salustio y de Pansa, el templo de Isis con los nichos detrás de las estatuas desde donde se pronunciaban los oráculos, están espuestos en la actualidad á las miradas de los curiosos. En uno de los cuartos de ese templo se ha descubierto un enorme esqueleto con una hacha á su lado: habia echado abajo dos paredes, pero no pudo avanzar mas. En medio de la ciudad se encuentra tambien otro esqueleto cargado de monedas y de varios ornamentos místicos del templo de Isis. Sorprendióle la muerte en su avaricia, y Caleno pereció al mismo tiempo que Burbo. En el curso de las escavaciones se vió un esqueleto de hombre, partido por medio por una columna. Era el craneo de tan notable conformacion y sus desarrollos intelectuales y fisicos presentaban tal osadía, que no ha cesado de ser la admiracion de todos los adeptos de Spurzheim, que han podido contemplar aquel arruinado palacio de la inteligencia. Despues de diez y ocho siglos puede contemplar el viagero aquella sala llena de galerías curiosas y de cuartos singularmente dispuestos, en medio de los que en otro tiempo pensaba, discurría y soñaba el alma criminal de Arbas el egipcio.» (1)

Terminado el cuadro de Pompeya, vamos á dar noticia ahora de otros puntos notables, principalmente para nosotros, por los recuerdos de España que atesoran.

Fondi, Itri y Mola fueron el teatro donde se representó la última escena del sangriento drama de Cirignola y del Garigliano; la arena donde se celebraron los últimos juegos olímpicos en loor del mas valiente soldado español, del héroe andalúz del siglo XV, del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

*Ya la primavera vestia de flores la campaña, y los panes crecian, y el mayo se mostraba,* como dice elegantemente un cronista contemporáneo, cuando el horroroso incendio de los depósitos de la pólvora española, bastante por sí solo para desanimar al ejército, quiso el cielo que fuese la antorcha de la victoria alcanzanda sobre los franceses en Cirignola, como inspiradamente dijo el bizarro general de nuestras armas. La derrota de los contrarios fué tal, que tuvieron hasta cuatro mil muertos sobre el campo, contándose entre ellos el general en jefe del ejército, sin que llegase á un ciento el número de victimas de los

(1) Ya hemos indicado que el lector debe prescindir aqui de los nombres propios; y atender solo á los objetos á quienes se aplican, encontrados todos en la ciudad de Pompeya.

españoles. Tan precipitada fué la fuga que emprendieron los franceses, que sin orden ni concierto se vió á unos tomar la vuelta de la Venosa, seguidos del intrépido Diego Garcia de Paredes, y á otros la de Cámpa, llevando al alcance á sus vencedores, hasta coger el camino de Gaeta. Al tratar de la célebre batalla de Cirignola, refieren las crónicas una anecdota curiosísima. Próspero Colonna, siendo uno de los que con mas ardimiento cargaron á los franceses, logró apoderarse de la tienda del general en jefe, que como hemos dicho, murió de la bala de un arcabuz, y allí partió con los suyos la suntuosa y opipara cena que en un riquísimo aparador de plata dorada habian preparado los contrarios para celebrar el triunfo. Despues del banquete, se arrojó en una magnífica cama que encontró á propósito para descansar de las fatigas de la jornada. Esta tardanza puso en gran conflicto por la suerte de Próspero á su hermano Fabricio y al Gran Capitan, hasta que con el nuevo sol se presentó aquel ufano y contento en el campo español, disipando las angustias en que estos habian pasado la noche.

A poco de la segunda derrota que los franceses sufrieron en las memorables márgenes del Garigliano, donde ya alcanzó finalmente Gonzalo Fernandez de Córdoba la completa conquista del rico y floreciente reino de Nápoles, volvemos á ver á aquellos en ese pintoresco camino que ya iban animando los primeros respiros del alba; pero otra vez los hallamos desalentados, despues de haber embarcado su artillería; corriendo en busca de un punto algo favorable para hacer el último esfuerzo y dejar mas honrado el nombre de la Francia. Pero los heroicos golpes que constantemente les iba dando la caballería española, y aun la infantería del valentísimo conde Pedro Navarro, los pusieron en la mas vergonzosa dispersion, siendo aun mayor el destrozo que sufrían de sus mismos caballos, entre los que en confuso remolino corrian mezclados los infantes, sin atender á las leyes de la disciplina ni á los preceptos de sus jefes, que en vano se esforzaban por apartar siquiera el estrago que hacia entre ellos tan desordenada huida, que no ha podido menos de dejar un triste renombre en los fastos de nuestras conquistas en Italia.

Por fin consiguieron reponerse algun tanto en Mola di Gaeta, y aqui lidiaron con ventaja unos momentos. El Gran Capitan, viendo la osadía del enemigo, que no era mas que la última llamarada de una luz que va á estinguirse, la postrera convulsion del moribundo, habló á los suyos con voz de trueno, y cargando con la velocidad del rayo, causó una completísima derrota en los franceses, les mató uno de sus mas escogidos capitanes, y los obligó á acogerse con las últimas reliquias de su ejército dentro de los muros de Gaeta.

Continuemos nuestro camino, y sigamos al mismo tiempo con la imaginacion el postrer lauro alcanzado por nuestras armas al coronar por completo su gloriosa y señalada conquista. La consternacion y el espanto reina en las tropas francesas que huyen despavoridas hacia esta última ciudad. Por alli, Gonzalo Fernandez de Córdoba lleva la desolacion y la muerte al corazon de las huestes enemigas; por el otro lado, Pedro de Paz y el conde Pedro Navarro les han cortado la retirada, y la sangre francesa corre á torrentes por entre las sinuosidades de los montes Fornianos; mas allá, Garcia de Paredes y Diego de Mendoza, cansados de la horrorosa carnicería, intiman la rendicion á su con-

trario, y por centenares, y aun por miles, aumenta el número de los prisioneros, hasta que en medio de tantas ruinas se levantan los gritos de victoria. Aquellas hermosas navés españolas, que como bellísimos cisnes resbalan sobre las tranquilas aguas del golfo, nos traen á la memoria una curiosa anécdota, que demuestra el sosiego y el agudo ingenio de que solía hacer alarde el Gran Capitan, aun en los mas críticos momentos. Concluida la jornada que acabamos de citar, los españoles repararon en una barquilla que velozmente se acercaba hácia la arena: dentro de ella, distinguíase á Cervellon, caballero catalan, vestido de todas armas. Al verlo Diego Mendoza, preguntó quién era aquel que tan á deshora y cubierto de acero desde las uñas hasta los dientes venia hacia la orilla. Riendo el Gran Capitan por la tardanza de Cervellon y queriéndola, sin embargo, reproducir con un epigrama inolvidable, contestó, aludiendo á las lucecillas que suelen ver los marineros entre la arboladura de los buques, despues de pasada la tormenta: «Como sois corto de vista, no habeis podido distinguir, mi buen Mendoza, que aquella aparicion es, ni mas ni menos, que San Telmo, que se presenta en las gaviás.»

Estrechadas así, y derrotadas y confundidas las armas francesas, bajo las garras del valeroso leon de Castilla, no les quedaba ya mas amparo que decidirse á rendir la ciudad, si las reliquias de aquel ejército no habian de sepultarse entre el polvo de una tierra, tan venturosa siempre para los españoles. El laurel de la conquista se alzaba lozano sobre la tostada frente del Gran Capitan, y la última hora de la Francia habia sonado desde la enrespada cumbre de los Abruzzos hasta las tranquilas y deliciosas riberas de la Sicilia. Todos los cuidados de los enemigos se dirigieron desde entonces á disponerse para el rendimiento de la ciudad, y solo este pensamiento, comunicado por el general en jefe y acogido como única aurora de salvacion entre los soldados, fué lo que pudo reanimar algun tanto á aquellos infelices.

A otro dia fueron al campo español, con el fin de estipular las condiciones del rendimiento de la ciudad, tres capitanes en representacion de las tres nacionalidades que figuraban en el ejército sitiado, franceses, suizos é italianos. En brevisimas palabras acordaron que entregarían á Gaeta con la artillería y las vituallas, y que ellos tomarían la vuelta de Francia por mar ó por tierra, con la única condicion de que los caballeros llevasen sus caballos, y los peones conservasen sus espadas y sus picas; estas sin aceros. Así desalaron pobre y miserablemente á Gaeta los que tuvieron la osadía de medir sus armas con las del Gran Capitan, dejando en manos de este, como una preciosísima perla con que ornar la brillante corona de Castilla, enriquecida ya á la sazón con el Nuevo Mundo que le habia conquistado el célebre almirante genovés, nada menos que la hermosísima tierra que acarician á porfía las aguas del Mediterráneo y del Adriático.

Dolorido Gonzalo Fernandez de Córdoba de la mala estrella de los vencidos, capitan, que sea dicho de paso, tuvo por sistema en toda su vida ahorrarse el derramamiento de sangre, y ser liberal y compasivo con todos, los mandó proveer de cuantos medios les fuesen indispensables para su humilde retirada, y especialmente de caballos. Con tan hidalgo proceder contrastó extraordinariamente la ingratitud del general

*Viage ilustrado.*

Daubeni, quien con tono sarcástico y con el ánimo de un hombre que quiere venir de nuevo á las manos, le dijo: «Os ruego que nos proveais de buenos caballos, que no solamente puedan llevarnos á Francia, sino traernos otra vez á Italia.» El Gran Capitan le contestó con habla arrogante y corazon levantado: «Los mismos vestidos y caballos y salvo-conducto que os doy para retiraros á Francia, os ofrezco para tornar á Italia, el dia que querais probar nuevamente los botes de mi lanza.»

La desnudez, el frio, el hambre, la miseria, y por último, hasta la degradacion, acompañaron á los vencidos, quemaron por tierra la vuelta, de la Francia, y no fueron pocos los que habiendo tenido la fortuna de escapar de los mosquetes españoles, no pudieron resistir las calamidades que los persiguieron, sucumbiendo á la muerte. Mas desdichados aun los capitanes que los soldados, se vieron espuestos á las mismas desgracias de estos, viendo aumentar sus dolores hasta llevarlos al sepulcro, á unos el remordimiento, á otros el ver empañado el brillo de pasadas glorias y á todos la vergüenza y el oprobio que sufrieron allí donde esperaban encontrar un dilatado palenque para sus triunfos.

Volvamos ya la vista hácia Gaeta, hácia esa rejuvenecida ninfa del Mediterráneo, hácia esa ciudad que es mas antigua que Roma, puesto que fué fundada por Eneas, que la consagró á su nodriza Cajeta. En otro tiempo estuvo esclativamente bajo la dominacion de sus duques, siendo luego incorporada al reino de Nápoles, por lo que recibieron sus príncipes en cambio otras tierras del interior. En la actualidad tiene una poblacion de 10,000 almas. Aquella torre, vulgarmente llamada de Orlando, que se eleva sobre el monte Corvo, es la tumba de Lucio Manuzio Planco, erigida diez y seis años antes de Jesucristo: aquella otra que lleva el nombre de Latratina, pasa por ser el palpable recuerdo de un antiguo templo de Mercurio. Esas notables fortificaciones que hicieron inespugnable á la ciudad por la parte de tierra, hasta que la tomó Massena, fueron sacadas de cimientos por Antonino Pio, levantadas por Alfonso de Aragon en 1440, y restauradas posteriormente por el emperador Carlos V. Al lado de unas miserables ruinas está el Formianum, lugar de retiro de Ciceron. Aquí murió el célebre orador latino, bajo el puñal homicida de un miserable á quien en otro tiempo habia favorecido. Aquel importante castillo sirve de tumba al condestable de Borbon, muerto en 1528 en el cerco de Roma. En una palabra, cada uno de esos parapetos recuerda un acontecimiento notable, ó un nombre digno de conmemoracion honrosa. No debemos pasar en silencio el grande hecho de armas que tanto se distingue entre los muchos que han dado celebridad á Gaeta: aludimos al asedio de ingleses y austriacos en 1815. La catedral, dedicada á San Erasmo, encierra entre otras cosas notables, un grandioso monumento antiguo, algunos bajos relieves de mucho mérito, una de las columnas del templo de Salomon, un bello cuadro de Paolo Veronés, y el magnífico estandarte regalado á don Juan de Austria por el pontífice Pio V, en premio del glorioso lauro alcanzado en la batalla naval de Lepanto.

Nos hemos detenido en estos recuerdos históricos por lo mucho que interesan á España, y tambien porque los extranjeros en sus impertinentes descripciones afectan haber olvidado, que apenas hay un pais en

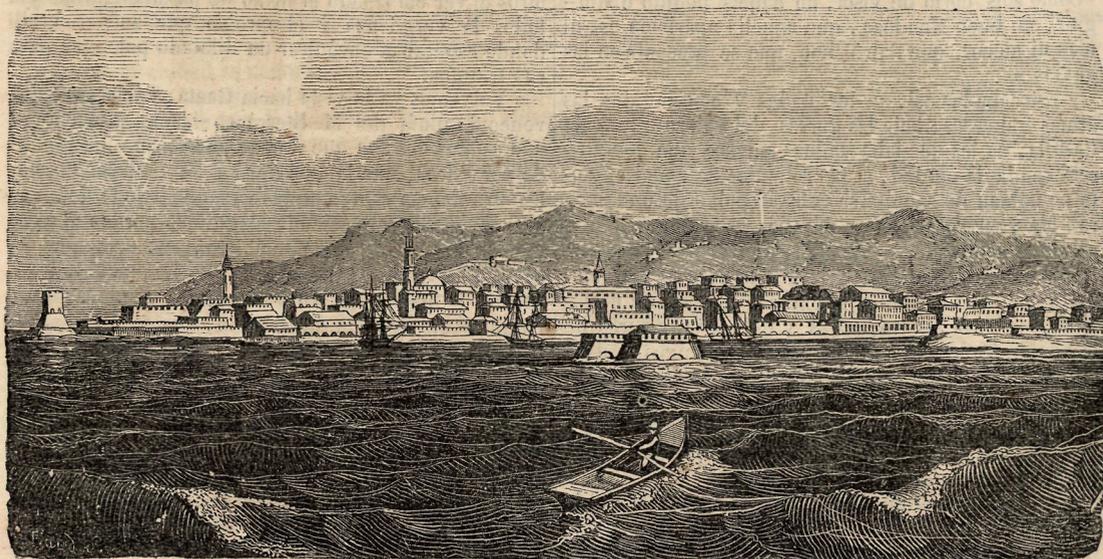
la tierra donde la huella española no haya quedado gloriosamente impresa.

Junto á Capaccio, principado de Salerno, están las ruinas de Pestum ó Possidonia. Los edificios que la compusieron, construidos por los sibaritas y destruidos por los sarracenos ó los normandos, consisten en dos templos consagrados á Neptuno y á César, una basílica y un anfiteatro: las últimas escavaciones han hecho descubrir una calle entera, una larga columna ta y otro templo.

Tarento, en el fondo del golfo del mismo nombre, es célebre por la resistencia que en ella opusieron los romanos á Anibal, y por la pesca que los antiguos hacian del molusco del cual extraian la púrpura. Tarento debió su nombre á la tarántula, cuya picadura segun la opinion popular es peligrosa. Una vez picados, dicen, unos rien, otros lloran, estos no cesan de cantar, aquellos se quedan tristes y silenciosos, y

riquezas naturales son de todo punto inútiles por la indolencia de sus poseedores.

Mesina, fundada, segun parece, diez siglos antes de nuestra era, está casi en frente de Reggio, en la Calabria. Bajo sus muros se agitan las aguas del estrecho donde los antiguos colocaban un tiempo los escollos de Carybdis y Scylla. A 48 kilómetros al Sur-Oeste, sobre el monte Tauro, está asentada Taormina, cuyo antiguo teatro se ve tallado en la roca, dando por su conservacion la idea mas exacta de lo que eran entre los antiguos esta clase de edificios. Despues, en la ribera, al pie del Etna, se estiende Catania, que fué una ciudad fundada siete siglos antes de Jesucristo, y ciudad opulenta, hasta que Hieronte, tirano de Siracusa, desterró á sus habitantes. Su catedral es magnífica, y el viagero que quiera aborrase la ascension al Etna, no tiene mas que ir á su sacristia, donde verá entre los frescos que la adornan una pin-



Vista de Mesina.

otros bailan con furor. La música cura el mal, y en España es tradicion vulgar el que ha de ser con una guitarra, porque en el anverso de aquel animal, añaden, está retratada la figura de este instrumento. Lo seguro y lo en boga hoy es irse á un médico que cura dicha picadura en muy corto tiempo.

Los primeros colonizadores que dieron su nombre á la Sicilia fueron los sicanos, pueblo de raza vasca ó iberica Griegos, cartagineses, romanos, árabes, españoles y normandos, la conquistaron despues sucesivamente, porque en realidad era una presa que podía escitar verdaderamente la codicia de las aves de rapina. Todas las producciones del Egipto, el café, el papiro, el olivo, el naranjo, la caña de azúcar, el aloe y otras plantas crecen vigorosamente entre las viñas y cereales de este pais. Los trigos de Sicilia alimentan á Roma. El pórfido, el jaspé, la ágata, la esmeralda, el oro, la plata, el hierro y el cobre yacen sin explotar en sus montañas. El ámbar se encuentra en la orilla del Garrietta, pero estas y otras muchas

tura que representa la erupcion de 1669. Se ve descender de las cimas del volcan un torrente de lava de mas de cuatro kilómetros de anchura, (ya se entiende que no en el cuadro) amontonándose sobre los muros que tienen 20 metros de altura, traspasarlos, atravesar la ciudad, y concluir con depositar una inmensa mole en el mar, que sin embargo, le ha sido conveniente, pues ha aumentado la seguridad de puerto.

Partiendo de Catania se costea el mar para llegar á Siracusa, y aunque se deja de ver el aspecto de las riuas campañas que rodean aquella ciudad, en cambio se encuentran á cada paso recuerdos de la Grecia y de las dulces ficciones de sus poetas. El compañero que os guia lleva en la cabeza un gorro frigio, el rio cuyas márgenes seguís, se llama para él el Garrietta, pero para vos el Simetho; las flores perfumadas que en sus orillas crecen, son las mismas que Proserpina cogia en el momento en que Pluton la arrebató para partir con ella el trono de los infiernos. Entre las rui-